



Capítulo 416 - Regreso al infinito

La presencia en el cuerpo de Virgilio provocó una respiración profunda —o al menos fingió hacerlo. El aire a su alrededor se ondulaba, como si el simple gesto hubiera hecho que el tiempo mismo considerara seguir fluyendo.

La niña todavía estaba parada ante él, paralizada, pero sus ojos ardían con una extraña chispa de indignación y deber. Su apariencia infantil era un velo fino — algo que el ser dentro de Virgilio percibía con incómoda claridad. Este no era un niño. Era una función. Un protocolo cósmico. Un castigo automatizado en forma de algo que alguna vez fue humano.

Pero aún así... ella era pequeña.

La entidad hablaba con una voz que no era la de Virgilio —era algo más antiguo, más cavernoso, lleno de capas de resonancia que resonaban hacia adentro, como si el sonido viajara en el tiempo incluso antes de ser emitido.

"Azote infinito." La niña tembló levemente.

No porque tuviera miedo, sino porque ese nombre no debía ser conocido. Era su título más antiguo, utilizado únicamente por los tejedores de la Creación Original, aquellos que ya habían sido olvidados por todos los planos vivientes. Ella no respondió. Pero algo en sus ojos se oscureció.

"Podría deshacerte ahora mismo. Destroza tu secuencia y te deja en un estado de pensamiento eterno, sin tiempo, sin comienzo. Pero no lo haré."

Se acercó lentamente. Cada paso dejaba marcas en el suelo que parecían quemar los cimientos de la realidad, como huellas en vidrio moldeadas por conceptos.



"Eres necesario. Una advertencia para caminar. Un límite." Inclinó ligeramente la cabeza. "Pero ahora... "Te dejé ir."

La niña dio un paso adelante, con los ojos estrechándose como hojas de obsidiana.

"No puedo ir." Su voz sonaba como el crujido de una puerta cósmica que se abría. "Todavía no. Mientras esos dos—" Señaló a Crimsarya y Nivara, congelados como chispas de caos y silencio. "—no estén sellados, este sector del Verdadero Yggdrasil seguirá amenazado. Con su presencia están destrozando una rama antigua. Si son liberados, destruirán todo un vector de existencia."

La entidad en el cuerpo de Virgilio no mostró ninguna emoción. Simplemente miró a las dos diosas suspendidas en el momento anterior al impacto final, cuando el tiempo y la causalidad ya se habían roto. Ahora parecían pequeños. Dos brasas flotando en un tapiz helado.



"Ves demasiadas amenazas", dijo, casi con un tono de lástima. "Tus ojos han sido entrenados para ver grietas. Nunca te enseñaron a ver la estructura."

"No lo entiendes. Yo tampoco", dijo ella apretando los puños. "Ya no son sólo entidades, son extremos absolutos. Necesito intervenir. No es una elección. "Es una obligación—una ley."

La entidad se rió. Fue una risa pequeña y breve—, pero en ella estaba el peso de las supernovas colapsando en agujeros negros.

"Eres un niño. "Igual que esos dos dragones bebés enojados"



La niña se quedó congelada. Por un segundo, eso fue todo. Un segundo.

Pero entonces ella se lanzó hacia adelante. Su mano se levantó—sus dedos formaron un sello antiguo y peligroso, un código que no debía pronunciarse, un idioma del fin de los tiempos. Ella iba a atacarlo. No como alguien enojado. Pero como un cuchillo sin hoja que atraviesa el concepto de resistencia.

Pero su mano no se movió.

Su cuerpo tampoco.

Ni su alma.

Era como si algo invisible, inevitable, la hubiera atrapado en el centro de su existencia. Las fibras que la componían estaban retorcidas, ancladas por fuerzas anteriores a la realidad.

"No." Dijo la entidad mirándola a los ojos.

El Azote Infinito abrió los ojos —su barbilla tembló levemente por primera vez.

Él se acercó. El rostro de Vergil —o lo que una vez fue el rostro de Vergil— ahora estaba iluminado por una luz imposible de clasificar. Ni oscuro ni brillante. Algo... más allá.

"Este chico tiene sus propios problemas. Entiendo tu analogía de usar su cuerpo para sellar. De hecho, su mente es limitada, pero su alma... resiliente. No se rompe fácilmente. Felicitaciones por elegirlo."



Él sonrió — y el universo retrocedió una pulgada.

"Pero no lo haré como querías."

Con un gesto, levantó la mano — y señaló a las dos emperatrices congeladas en el tiempo. Crimsarya y Nivara. Y luego... sus cuerpos comenzaron a desmoronarse. Pero no en destrucción. En refinamiento. En pura esencia.

Se convirtieron en chispas. Pequeñas estrellas. Núcleos de poder concentrado.

Dos puntos de singularidad.

Y él... se los tragó.

Así de simple.



Con un solo gesto, las dos emperatrices absolutas, que casi habían destruido sectores enteros del multiverso con su furia, fueron tragadas por la entidad dentro de Virgilio como si fueran solo respiraciones — calor y frío disueltos en un pozo más profundo que cualquier infierno.

La niña intentó gritar, pero incluso su voz le falló.

Él se volvió hacia ella.

"Ve al infinito." Su voz resonó como una frase.

Y luego... con un simple gesto, la tocó con la palma de su mano.



El toque fue silencioso. Pero el efecto fue abrumador.

El cuerpo de la niña fue arrojado a los cielos destrozados del inframundo, como una hoja en el viento de un apocalipsis inverso. Pero a medida que ella se levantaba, el espacio se restableció. El cielo se recompuso. Como si retrocediera en el tiempo — como si nunca se hubiera roto.

El inframundo curó sus propias grietas. El campo de batalla se reorganizó, fragmento por fragmento.

Y cuando la niña desapareció en lo alto, su nombre fue olvidado. Su función, suspendida.

Él —el ser dentro de Virgilio— permaneció allí.

Calmo.



Silencioso.

Luego se agachó y recogió las dos armas que habían caído al suelo después del sellado: Supernova, la doble espada que aún brillaba con la combustión de un sol moribundo. Y la Edad de Hielo, la delgada lanza, silenciosa como un suspiro de muerte térmica.

Los miró a ambos.

"Hermoso", dijo con pesar. Y luego... se los tragó a ambos.



La espada de la extinción y la lanza de la anulación. Como si fueran parte de un todo que regresa a casa. Sin resistencia. No hay accidente. Doar silentă.

Respiró profundamente otra vez.

Por todos lados todo estaba en calma. Tiempo congelado. Luz suspendida.

Y luego habló.

"Un paso a la vez." Su voz ya no era tormentosa. Fue sereno. Como alguien cansado. "Sacrifiqué mil millones de años para hacer este pequeño esfuerzo..."

Las palabras cayeron como estrellas que se extinguían en el espacio.

En lo más profundo de su ser —no el de Virgilio, sino el que ahora usaba a Virgilio como recipiente— había un recuerdo doloroso. Algo sellado hace mucho tiempo en una prisión que él mismo había construido. Un pacto antiguo. Una renuncia.

Pero ahora... había vuelto. Todavía débil. Todavía con heridas de épocas olvidadas.

Pero presente.

Y sobre todo...vigilante.

Miró al horizonte, donde el tiempo aún dudaba en regresar.



"Seguid durmiendo, pequeños dragones. Tu día aún no ha llegado." Y con un chasquido de dedos... el tiempo regresó.

Luz movida.

El viento sopló.

Pájaros, cuervos, escombros... todo retomó su curso.

Pero la batalla había terminado.

Los combatientes estaban en silencio, caídos, protegidos... o completamente inconscientes de lo que acababa de suceder.

Sólo Virgilio permaneció de pie, y durante unos segundos

El tiempo finalmente había comenzado a correr de nuevo.

El aire todavía estaba pesado, como si el mundo respirara con dificultad tras la absurda compresión de las fuerzas primordiales. Pero la batalla había cesado. No por la victoria. No por escape.

Simplemente... había cesado.

Las figuras de las dos emperatrices —Crimsarya y Nivara— habían desaparecido. No destruido. No desterrado. Simplemente... se fue. Como si nunca hubieran estado allí, como si sus nombres hubieran sido borrados de cada capa del espacio-tiempo.



Sepphirothy abrió los ojos, todavía respirando de manera desigual. El campo de destrucción que la rodeaba, una vez fragmentado en realidades superpuestas, estaba... limpio. Tranquilo.

Ella se levantó lentamente de los escombros de un palacio temporal caído. Zafiro, a su lado, todavía estaba inconsciente, protegido por una cúpula instintiva de energía evocada por la pura desesperación.

Entonces Sepphirothy miró hacia el horizonte.

Vergil.

Él estaba allí. De pie. Lejos. En el centro de un círculo de suelo vitrificado, donde el impacto de su presencia trascendental aún rondaba el espacio.



Sepphirothy frunció el ceño.

"... ¿Vergil? Ella murmuró, sin entender.

Él no se movió. No respiraba visiblemente. Él simplemente... se quedó allí parado. Como una estatua viviente. O un faro silencioso en un mar helado.

Ella corrió.

Cada paso era un grito contra la fatiga. Sus músculos pedían descanso, pero su corazón latía con una urgencia que no podía ignorarse.

La mujer de cabello plateado se detuvo a unos pasos de él.



El silencio a su alrededor era tan denso que parecía absorber el sonido del viento.

"¿Qué estás haciendo?" Ella preguntó, vacilante.

Vergil no respondió.

Sus ojos estaban abiertos, pero vacíos. Como si estuviera mirando un lugar muy, muy lejano. Mucho más allá de ese avión. Más allá de cualquier avión.

Ella se acercó lentamente, como si tuviera miedo de romperlo con un toque.

"Vergil...?" Ella repitió, más suave, más preocupada.

Y luego ella lo tocó.

Fue instantáneo.



Su cuerpo se derrumbó como un castillo de arena golpeado por una marea repentina. Sus rodillas se doblaron. La rigidez había desaparecido. Y Virgilio... cayó.

Sephhirothy lo atrapó en sus brazos antes de caer al suelo, su cuerpo exudaba un calor anormal, como si su alma todavía ardiera de adentro hacia afuera.

Cayó inconsciente en sus brazos, con la cabeza inclinada hacia un lado y el cuerpo flácido, exhausto más allá de toda comprensión. Pero vivo.



Sephirothy jadeó, arrodillándose con él contra su pecho, con la mirada confundida, angustiada, buscando en su rostro cualquier rastro del hombre que conocía.

"Oye... oye! ¡Vergil! ¡Háblame!" Ella lo sacudió suavemente, pero no hubo respuesta.

Él no estaba muerto. Pero había llegado tan lejos —tan profundo— que incluso su alma parecía reacia a regresar a su cuerpo.

"¿Qué te pasó...?" Ella susurró, tocándole la frente.

